

## LA MONARQUÍA Y LAS ESPAÑAS\*

Como bastantes de mis compañeros en la Escuela Diplomática, no olvido aquella definición que de cualquiera de los monarcas medievales nos daba uno de nuestros profesores: el Rey era “aquel jefe militar, valiente entre los valientes, al que sus conmlitones reconocían como el mejor entre ellos alzándolo sobre el pavés”. Por supuesto, no siempre los monarcas que ciñeron sus sienes con la Corona española, seres humanos al fin y al cabo, han sido personalidades de primera clase. Recordemos, por ejemplo, cómo sintetiza el doctor Gregorio Marañón su juicio sobre los Monarcas españoles de la Casa de Austria, en su biografía del Conde-Duque de Olivares que fue el valido del penúltimo de ellos. Dice así: “De los cinco Austrias, Carlos V inspira entusiasmo; Felipe II, respeto; Felipe III, indiferencia; Felipe IV, simpatía, y Carlos II, lástima”. Lo que sencillamente quiere decir que los méritos de la Institución han sido a veces superiores a los de sus titulares.

Como explica una buena “Enciclopedia de la cultura española” con cuya edición tuve –años atrás– algo que ver, debemos a los godos que invadie-

---

Carlos Robles Piquer, ex ministro y embajador de España. Del Patronato de la Fundación.

\* Texto editado de las palabras pronunciadas por el autor en la Clausura de la Asamblea Anual de los Graduados españoles por Georgetown en la sede del ICADE. Madrid, 9 de diciembre de 2010.

ron nuestra Península un legado fundamental, la institución monárquica. Es decir, ellos lograron que aquella Monarquía guerrera, la de don Pelayo y sus sucesores, se estabilizara al transformarse en “una estirpe, una dinastía” (en palabras de la mencionada Enciclopedia), dinastía que se consolidó cuando Recaredo se convirtió al catolicismo. Los Reyes de Castilla y León con los de Aragón, los de la Casa de Austria y luego los Borbones, continuaron su obra histórica con los interregnos causados por las dos Repúblicas y por la guerra civil seguida del largo período franquista. Desde finales de 1975 ha vuelto España a ser una Monarquía consolidada por la Constitución de 1978 que está, felizmente, en su pleno vigor aunque a nuestra vida pública le falten todavía “anclajes culturales, intelectuales y morales”, según acaba de afirmar el presidente Aznar al ser investido Doctor *Honoris Causa* en la Universidad Católica San Antonio de Murcia y pronunciar allí un bien meditado “Discurso sobre la Nación Española”.

Como es natural, la recuperación de nuestra Monarquía ha ocasionado numerosos comentarios que no cabe recoger aquí y ahora. Mencionaré solamente uno, por su carácter monográfico: el libro *La Monarquía y el país* del profesor (porque como tal lo escribió) Manuel Fraga Iribarne<sup>1</sup>, editado en abril de 1977, cuando daba sus segundos pasos la España post-franquista con el primer Gobierno que presidió Adolfo Suárez y en el que Fraga no había querido participar. Este último dato añade valor, creo, a la bien razonada profesión de fe en la Monarquía que el libro contiene. Por ejemplo, uno de sus párrafos comienza enumerando ciertas condiciones previas y necesarias que conciernen a la propia Corona así como a las Fuerzas Armadas, a la Iglesia, a los grupos intelectuales y a la juventud; y lo hace con estas palabras: “Entonces será posible lo que es necesario: un rey más amado que temido, con más autoridad que fuerza, no prisionero de nadie, apoyado en la ley, respaldado por el Ejército, con proyección de futuro y presidiendo un juego político de amplia base”.

El objetivo señalado en la frase literal que acabo de citar se ha cumplido, por fortuna para España y los españoles. Y es mérito de todos, pero

---

<sup>1</sup> Manuel Fraga Iribarne (1977)

sobre todo del Rey. No es menos útil, a estos efectos, que se trate de una Monarquía constitucional. En los años en los que recuperábamos la nuestra, leí una atinada descripción de las nuevas Monarquías constitucionales en una gran obra a la que muchos de nosotros, seguramente, hemos recurrido a menudo. Se trata de un tomo, en este caso el décimo-cuarto, de la *Macropaedia* de la “Encyclopaedia Británica”, edición de 1974, y, por tanto, anterior a nuestra Restauración. Citando los ejemplos de Reino Unido, Holanda y Dinamarca, dice esta respetada fuente que, en dichos tres países, “the monarch is the ceremonial head of state, an indispensable figure in all great official occasions and a symbol of national unity and of the authority of the state; but he is almost entirely lacking in power”. Tal como pudimos comprobar en una ocasión histórica que enseguida citaré, no parece que éste sea enteramente nuestro caso, gracias a Dios.

Conocemos la proximidad en el significado de los conceptos de valor y de valía. Por fortuna, ninguna coyuntura bélica o ninguna grave tragedia nacional nos han permitido enjuiciar ante ellas el valor y la valía de nuestro Rey, pero hemos visto de cerca el uno y la otra al tratar de esos momentos dolorosos y difíciles que todo pueblo atraviesa; y ello se ha reflejado en sus mensajes navideños, en sus pocas pero oportunas apariciones e intervenciones públicas y en sus viajes fuera de España donde siempre es nuestro mejor embajador. También, por fortuna, pudimos apreciar su servicio a los dos altos conceptos citados a través de su certera conducta en una fecha que pudo ser dramática pero que quizá se quedó en tragicómica, el 23-F más conocido de nuestra historia. Quienes, por cualquier motivo, vivimos de cerca aquella larga noche, recordamos muy bien la combinación de firmeza, habilidad, calma y fuerza persuasiva con la que Su Majestad don Juan Carlos I de Borbón gobernó la imprevista tormenta hasta un final feliz, devolviendo a los españoles la seguridad y la confianza que durante algunas horas, tensas y difíciles, no pocos habían perdido. El dato adicional de que el Rey tuviera entonces a su lado, con Su Majestad la Reina y las Infantas, al Príncipe que algún día –que Dios quiera lejano– deberá sucederle en el trono, no es menos revelador de un sentido histórico de lo que la Corona significa para los españoles en general pero, sobre todo, para los pertenecientes a la generación de don Felipe de Borbón y Grecia.

Hace muy pocos días, hemos celebrado los primeros treinta y cinco años del reinado de don Juan Carlos. Para millones de compatriotas, éste ha sido un tiempo de trabajo y calma que ha engendrado sin duda los benditos frutos de la paz y la prosperidad, mermados hoy por los coletazos de una crisis que nos golpea más que a otros y alterados, a veces, por la barbarie de algunos terroristas a cuyas víctimas inocentes recordamos con profundo dolor y con la esperanza de que caiga sobre todos sus asesinos el severo castigo que merecen. Para otros españoles, los que nacimos en tiempos anteriores, este feliz lapso monárquico ha empezado a compensarnos del dolor de la guerra civil que a menudo desgarró nuestras familias, así como de las estrecheces y rigores de la postguerra; y también de un largo tiempo en que la paz, mantenida durante muchos años, fue sin duda bienvenida, e incluso agradecida, pero no fue acompañada por las libertades deseables que ya disfrutaban otros pueblos europeos. Todo ello acrecienta nuestra firme convicción de que la Monarquía ha sido un bien básico que los españoles, en su gran mayoría, sostenemos con firmeza, en la prosperidad como en la crisis.

No siempre fue así, por desdicha. Motivos cronológicos hacen que este viejo compatriota recuerde muy vivamente aquel día en que España se alejó, por segunda vez, de la Corona que había presidido su multiseccular historia, después de una primera etapa republicana en el siglo XIX que duró menos de dos años, padeció cuatro presidentes y tres guerras civiles y convenció a muchos españoles de entonces de que ésta no es una forma de gobierno apta para nuestro modo comunitario de ser.

El recuerdo personal al que he aludido consiste en una imagen que nunca se borrará de mi memoria: la de mi padre, Teniente Coronel del Ejército, sentado en una butaca del despacho de nuestra casa con lágrimas en los ojos ante un balcón que daba a la calle madrileña del Doctor Cortezo, enlace entre las plazas de Benavente y del Progreso, es decir, entre el centro urbano de Madrid y el lugar a donde se asoman los entonces llamados barrios bajos. Por esa calle subía hacia la Puerta del Sol una vociferante comitiva, portadora de una gran pancarta con la bandera tricolor. Su grito –que todavía resuena en mis oídos– no era de ilusión o de esperanza en una España mejor ni siquiera de alabanza a la nueva forma republicana del Estado; era, simple-

mente, éste: “¡No s’ha marchao/ que l’hecho echao!”. Es decir, era un grito de desprecio hacia quien hasta entonces había encarnado la soberanía y la unidad españolas, como sus muchos antecesores. Pues aquellos vocingleros manifestantes se referían a don Alfonso XIII, abuelo de nuestro Rey, cuya expulsión acababan de permitir, sin dar ninguna respuesta, una sociedad y unos poderes civiles y militares que faltaron a su deber, puesto que la brusca clausura de una historia de siglos no podía resultar nunca de unas elecciones municipales que, además, dos días antes habían ganado abrumadoramente los concejales monárquicos, salvo en algunas grandes ciudades cuya voluntad se impuso a los habitantes de los que Manuel Azaña se atrevió a llamar “burgos podridos”. Que el Monarca aceptara ese auténtico golpe de Estado y el dolor del exilio romano en el que años después murió tuvo una causa: el deseo de evitar una lucha entre hermanos; y sólo tuvo una consecuencia: la de que poco más de un lustro más tarde estallara la peor guerra civil que ha conocido nuestra muy agitada historia. Aquellas lágrimas de mi padre (las únicas que le he visto derramar, además de las que pocos años después le causarían la muerte de nuestra madre en un bombardeo italiano sobre Barcelona durante esa misma guerra) fueron, creo, muy justificadas por lo que luego ocurriría.

La II República, que fue aceptada con grados muy diversos de entusiasmo pero sin ninguna resistencia, fue pronto seguida de actos violentos y casi inexplicables, como la quema en mayo de este edificio\* donde el fuego consumió no menos de 20.000 libros, un bárbaro episodio que yo mismo pude contemplar –y que tampoco he olvidado– desde el balcón de la casa de enfrente donde vivían unos primos míos a los que casualmente yo visitaba en aquel triste día. Ardía, al mismo tiempo, la vecina iglesia de la Flor cuya única culpa era de servir a la fe católica de muchos madrileños. No es inexplicable lo que ocurrió pocos años después.

Como todos sabemos, la Monarquía ha sido la forma de Estado más duradera que España ha conocido a lo largo de su historia desde que fuimos parte del Imperio Romano, nos gobernaron luego los visigodos, en algunas zonas de nuestro territorio impusieron su poder los invasores musul-

\* Edificio ICAI-ICADE (c/Alberto Aguilera), antiguo colegio de los Jesuitas de la calle Areneros.

manes con sus emires y califas, se alzó contra ellos don Pelayo, fueron organizados los reinos y condados cristianos, proclamaron Isabel y Fernando la unidad permanente de Castilla y Aragón, y culminó con bien la larga y lenta reconquista en aquel año milagroso de 1492 en el que, además, tres carabelas españolas descubrieron América y se publicó la primera gramática de la lengua nacional. Austrias y Borbones, pronto plenamente españolizados, rigieron los destinos de la nación que derramó su savia en las Américas y llegó a la casi milagrosa cristianización de las Islas Filipinas. Sin que falten en ella lagunas y errores, esa obra humana –y sobrehumana– no es una historia que pueda ser negada ni, mucho menos, ofendida.

Con nuestros vecinos y hermanos portugueses, ningún otro pueblo está en condiciones de ofrecer un legado de civilización y cultura que exceda al nuestro en méritos ganados con valor, talento, esfuerzo y sacrificio. Y todo eso se sustentó sobre una base plural y variada, en el primer tiempo de lo que llamo “las Españas” porque las formaban las diversas regiones con su soberanía originaria: Asturias, León, las dos Castillas, Galicia, Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia y las Baleares, Murcia, Extremadura, Andalucía y las Canarias. Desde el matrimonio de Fernando e Isabel y, sobre todo, desde el año mágico antes invocado, España alcanzó la gran ventura de su propia unidad aunque subsistieran, en fueros y en otros documentos propios del derecho público, peculiaridades, matices y diferencias que no impidían la deseable integración nacional, sólo mermada por la definitiva segregación de Portugal. No somos pocos los que compartimos la creencia que don Diego de Saavedra y Fajardo, en su espléndida *Idea de un príncipe político cristiano* expresó en estas frases: “La Monarquía, reducida a una la suma de las cosas, ni emula ni codicia, y libre de pasiones ejercita la justicia; en una están más unidas las fuerzas, y con mayor majestad y respeto”.

De esos siglos de lucha y convivencia, que algunos desearían negar, ha nacido una parte importante del mundo que hoy conocemos. A ella también me refiero –incluso con más énfasis, por razones de dimensión– cuando hablo de las otras Españas, tierras y pueblos que viven ya en legítima independencia y plena soberanía; pero que no deben olvidar, y generalmente no olvidan, ni su propia historia o su origen como Estados

modernos ni los rasgos que definen su vida cultural, muy a menudo alumbrada por el camino del mestizaje que es cruce de sangres, de estirpes y de amores.

Estamos en el comienzo de una larga –y espero que acertada– conmemoración bicontinental, correspondiente al tiempo en que aquella convivencia de más de tres siglos bajo la común Corona de España llegó a su término y las independencias nacieron como frutas maduras del árbol de la Historia, nuestra historia. Nadie puede ni debe negar que fue, aquél, un proceso traumático y doloroso; ni que la debilidad política y mental de Fernando VII y sus próximos no acertó a entender las voces precursoras de un Francisco de Miranda al que inevitablemente seguirían los Bolívar, los San Martín, los curas Merino, hasta los muy posteriores José Martí en Cuba o el general Aguinaldo en Filipinas, todos los cuales habían crecido en la contemplación de una Corona no sólo remota sino débil, entregada incluso al dictador que había heredado la Revolución Francesa en la vergonzosa escena de Bayona que no ofrecía, ciertamente, un espectáculo atractivo. Y no supieron hallar otro camino que la lucha por la independencia, encabezada por unas minorías que habían ido madurando en torno a los Virreinos, las Capitanías Generales, las Audiencias, las Catedrales y las parroquias, los conventos e iglesias, las escuelas, las Universidades y los Cabildos, instituciones todas de nueva planta con las que la Corona española había ido, durante más de tres siglos, cultivando y ordenando las tierras y los pueblos del Nuevo Mundo. Y en ese momento, además, la Metrópoli era asaltada por el poder napoleónico que llegó a gobernar gran parte de nuestro viejo mundo, mientras que, por desdicha, la Corona española descendía a los niveles éticos más bajos de su larga historia.

Hubo, sólo, junto a la heroica guerra de guerrillas, un intento serio de afrontar aquella difícil coyuntura, intento que nació de la mejor y más ilustrada parte de nuestro pueblo: las Cortes de Cádiz, que, reunidas en la isla de León bajo la amenaza de los invasores napoleónicos, no dudaron en invitar y acoger con especial afecto a los representantes del Nuevo Continente para intentar, juntos, algo que quizá hubiera sido todavía posible unos pocos años antes: la creación de una gran nación de todos, de una comunidad, de un colosal hecho geopolítico que era nuevo entonces y que

quizá habría podido funcionar como una hermandad de pueblos, como una anfictionía propia de un siglo que apenas estaba comenzando. No pudo ser... Nunca pasó a la realidad lo que declaró el artículo 1º de la Constitución allí acordada: que “la Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios”. Surgieron los nuevos poderes autóctonos, con líderes nacidos bajo la Corona española pero lectores de Voltaire y de Rousseau así como observadores de lo que había ocurrido en las trece colonias británicas de la América septentrional.

Como la profesora Nieves Pinillos demuestra en su bien escogida antología, muchos textos americanos probaron su solidaridad con la España invadida por Napoleón como lo hicieron la Junta constituida en Caracas, en abril de 1810, para salvaguardar los derechos de Fernando VII o la creada en Buenos Aires en el siguiente mes de mayo, mientras que, en julio del mismo año, un Cabildo extraordinario reunido en la ciudad de Santafé, hoy Bogotá, reiteró su lealtad a (y cito) “nuestro amadísimo monarca Fernando VII”, en palabras semejantes a las utilizadas un mes más tarde por una Junta creada en Santiago de Chile; mientras que, todavía en 1821, el Plan de Igualdad define a Nueva España, es decir, a México, como una nación independiente cuyo Emperador será Fernando VII o, en su ausencia, “otro individuo de la casa reinante”. No pudo ser.

Así, finalmente, y ante el vacío de poder en España, de aquel movimiento emancipador de alcance continental surgieron las nuevas naciones, las que alcanzaron rango de Estados libres y soberanos aunque para ello hubiera que fragmentar los cuatro grandes virreinos del siglo XVIII –México, Nueva Granada, Perú y Río de la Plata– hasta extremos tan absurdos, en mi modesta opinión, como lo fue, por ejemplo, la ruptura de la Capitanía General de Centroamérica que antes había sido ya separada de Nueva España, es decir, de México, y que dio sus primeros pasos como una confederación. De esta manera, una vez restañadas las heridas de la batalla emancipadora, tenemos hoy ante nosotros las nuevas Españas a las que nuestro Príncipe, don Felipe de Borbón y Grecia, dedica especialísima atención porque así se lo ha pedido su augusto padre y porque es muy consciente de lo mucho que ese mundo significa para España, una vieja nación de mediano tamaño que ha dejado, sin embargo,



en el Nuevo Mundo una huella histórica joven y muy viva que ninguna otra puede superar.

La tarea de ir, poco a poco, reconstituyendo esa unidad es, como sabemos, tan necesaria como difícil; y en ella España debe moverse con extrema prudencia para no despertar las suspicacias que a veces suscita el ex colonizador; pero creo también que siempre existen caminos discretos y eficaces para ayudar sin interferir, para cooperar sin ofender, para unir sin uniformar. Es triste pensar en esa fragmentación, que se debió a explicables ambiciones personales y a la carencia de una autoridad como la que sí supieron ejercer los dos Reyes de Portugal que fueron Emperadores del Brasil. Gracias a ellos, la colonia que crearon sus navegantes y acrecieron sus bandeirantes es hoy una nación fuerte y unida que se codea con los grandes de la tierra. Fuera de las carencias españolas de aquel tiempo y de la ambición de los nuevos líderes, ninguna razón puede explicar, y menos aún justificar, la fragmentación de aquellos cuatro grandes “brasiles” de lengua española al sur del río Bravo o Grande del Norte que marca la frontera con el coloso norteamericano después del lamentable Tratado Guadalupe-Hidalgo por el que el México ya soberano entregó a los jóvenes Estados Unidos más de la mitad del que había sido el territorio de la Nueva España.

Quien quiera saber algo más de aquellos momentos, sin duda cruciales en la historia de la que Martí llamó “nuestra América” y no menos en la de España, puede acudir a dos recientes volúmenes incluidos en la serie de “Ediciones de Cultura Hispánica” que publica la AECID, la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, y que son menos conocidos todavía de lo que sin duda merecen. En uno de ellos, el profesor emérito de la Universidad de Sevilla Juan Maestre Alfonso (2010) ha seleccionado escritos del profesor de la Universidad Complutense José Luis Rubio Cordón que, por desdicha, ya no está entre nosotros y que dedicó gran parte de su fecunda vida al amor y el estudio de la América hispánica o ibérica. Tuve la fortuna de ser su amigo y de secundarle, con otros estudiantes universitarios, cuando creó –hace más de sesenta años– unos juveniles y animosos Grupos de Unidad Hispánica que irrumpieron con entusiasmo en la monotonía política de aquel tiempo. En la misma co-

lección, el otro libro (al que acabo de aludir) lo ha escrito su viuda, y compañera incluso en la docencia universitaria, María de las Nieves Pinillos (2010). Es una muy inteligente antología del *Pensamiento de la emancipación hispanoamericana*, como reza su título; y los textos que la componen han sido elegidos desde largas lecturas y con mucho talento. Creo que con ambos libros –y difícilmente sin ellos– es posible entender las causas profundas de lo que ocurrió hace un par de siglos al otro lado de la Mar Océana.

Existen, por fortuna, indicios e incluso pruebas de que estos pueblos y muchos de sus Gobiernos, pese a sus grandes diferencias en varios campos, son conscientes de que los pasos hacia su unidad son casi siempre beneficiosos para todos. Así lo prueban, aunque sea lentamente, las organizaciones regionales o subregionales que agrupan a los Estados soberanos y les animan a compartir algunos aspectos de esa soberanía. En una parte de mi carrera me tocó, siendo secretario de Estado de Asuntos Exteriores, asistir –como único invitado de fuera del área– a varias reuniones de los ministros de Relaciones Exteriores de los países miembros del Pacto Andino. Y doy fe de que aquellas sesiones de trabajo no eran amables juegos florales sino intentos serios de integrar, en uno solo, puntos de vista e intereses que no siempre coincidían de un modo natural. Por supuesto, no es fácil unir lo que tampoco estuvo sólidamente unido en los tiempos virreinales, cuando tal cosa era materialmente imposible más allá de la pertenencia a la misma Monarquía. Porque la comunicación entre los nuevos territorios era lenta e insegura. Pero creo que, al asomarse al exterior, los pueblos y gobiernos iberoamericanos advierten hoy, con mayor claridad que antes, que a todos conviene, en un mundo muy competitivo, fortalecer los vínculos que los unen. Tal vez, el ejemplo de la Unión Europea ha tenido y tiene para ellos no poco valor.

En Madrid contamos ahora con la Secretaría General Iberoamericana, la SEGIB, que trabaja eficazmente para dar la necesaria continuidad a las Cumbres que periódicamente reúnen a los jefes de Estado y de Gobierno de las naciones de nuestra estirpe. Se ha celebrado la vigésima de estas Cumbres hace pocos días en Mar del Plata, República Argentina; y nues-

tros Reyes no han faltado a ella, dándonos ejemplo, una vez más. Como casos prácticos y más antiguos de esa relación estable, no debemos olvidar ni a la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura ni a la Organización Iberoamericana de la Seguridad Social que, nacidas hace cerca de sesenta años, trabajan desde sus secretariados madrileños por nuestra gran comunidad en dos áreas de singular importancia y colaborando, ahora, con la citada SEGIB. En esta dimensión es muy valioso el papel que desempeña don Juan Carlos I que, no por casualidad, quiso empezar sus frecuentes viajes al continente americano, inmediatamente antes de su memorable discurso en el Congreso de los Estados Unidos en 1976, por una visita de Estado a Santo Domingo, capital de la República Dominicana, que es la nación primada de la obra histórica de España en el Nuevo Mundo.

Todavía es preciso, para completar este panorama, aludir brevemente a otra suerte de Españas, una tercera categoría de ellas. Son, naturalmente, las encarnadas por las fuerzas políticas que hoy compiten, en general pacíficamente, por el control de la vieja nación española y de las Comunidades que la integran. Se trata, en general, de una competencia legítima y democrática aunque a veces se deslice en ella un intento desintegrador que tengo por imposible pero, también, por peligroso. En estos últimos casos siempre recuerdo lo que Antonio Machado dijo en su verso insuperable: “Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios. / Una de las dos Españas ha de helarte el corazón”.

Por fortuna, las lógicas divergencias entre los españoles se suelen expresar hoy a través de las urnas, no de las pistolas. Gracias a Dios –y a la Corona– hemos cambiado en algún grado nuestros celtibéricos modales de antaño. Y estas otras Españas, las ideológico-políticas, han aprendido a comportarse como si fueran civilizadas, primer –y necesario– paso para que lo sean de verdad.

Me gustaría haber contribuido con mis modestas palabras a reforzar la convicción de que nuestra Monarquía no es un objeto decorativo sino una pieza esencial de la paz, la unidad y la prosperidad de los españoles que a todos nos toca defender y fortalecer.

## **PALABRAS CLAVE**

Monarquía • España • Otras Instituciones del Estado

## **RESUMEN**

Este texto recoge la conferencia editada del embajador Carlos Robles Piquer sobre la forma de Estado más duradera que España ha conocido, la Monarquía. O mejor dicho, sobre las vicisitudes históricas de la Corona española en las tres Españas que el autor reconoce: la conformada en 1492 tras la Reconquista, las nuevas Españas de ultramar y la actual España autonómica en la que se destaca el papel jugado por el Rey don Juan Carlos.

## **ABSTRACT**

*This text gathers the edited conference of Ambassador Carlos Robles Piquer on the most enduring form of government that Spain has ever known, the Monarchy. Or rather, on the historical difficulties that the Spanish Crown has gone through in the three Spains that the author admits: the one created in 1492 after the Reconquista, the new Spains overseas, and the current Spain divided in Autonomous Communities where the role played by King Don Juan Carlos is highlighted.*

## **BIBLIOGRAFÍA**

**Fraga, Manuel** (1977):

*La Monarquía y el país*, Planeta, Barcelona.

**Maestre Alfonso, Juan** (2010)

*José Luis Rubio Cerdón*. Agencia Española de Cooperación Internacional.

**Nieves Pinillos, María de las Nieves** (2010):

*Pensamiento de la Emancipación hispano-americana*. AECID y Ministerio de Asuntos Exteriores.